

REVISTA DE ARBORICULTURA

# La cultura del ÁRBOL



ASOCIACIÓN ESPAÑOLA  
DE ARBORICULTURA



# EL PATRIMONIO ARBÓREO DE LA CELESTINA

J. Ramón Gómez Paisajista

4

4

Hace algún tiempo, armados de imaginación y pluma en ristre, faltos de lanza y coraza por ignorancia en su manejo y acompañados en todo momento de una escuálida cabalgadura de más que dudosa fortaleza (tal vez primo hermano de Rocinante), comenzamos un periplo por los más variados parajes castellanos guiados por el incansable Don Quijote y su necio escudero con los que conocimos multitud de aventuras. Pero dada nuestra deformación vocacional y la sempiterna "arbofilia", fueron los bellos paisajes castellanos de aquel entonces, más que las cruentas contiendas a los que prestamos mayor atención y, en especial, nos detuvimos a contemplar sus árboles.

Tras un forzoso reposo, y con la añoranza de aquellas aventuras, nos embarcamos prestos en otras herborizaciones siglos antes y en otra obra maestra de nuestra literatura. Dejamos descansar, al menos de momento, a Don Miguel de Cervantes y damos paso a otro grande, el bachiller Don Fernando de Rojas. Dicen algunos que Salamanca podría ser donde acontece este relato, lo que es seguro es que imprimióse en 1499 y fue intitulada años más tarde como *La Celestina*. *Comedia o Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Una obra literaria destinada a ser, durante largo tiempo, el más leído y más famoso de todos los "libros de entretenimiento" escritos en España. Una narración que con valentía se atrevió a desechar todas las obligaciones morales de la época.

La historia es de todos conocida, lo que nos atreve a desvelar parte de la trama. Como ya sabrán ustedes, esta es una historia de amor donde los principales protagonistas, el gentil hombre Calisto y la mujer de linda crianza Melibea, se enamoran perdidamente el uno del otro. En este hecho mucho tienen que ver las malas artes (o buenas) de la pérfida Celestina, que hace las veces de astuta alcahueta. Sin embargo, la felicidad es corta pues pronto se torna a tristeza, no todo sale como debiera y, finalmente, ambos mueren.

Así, entre enredos y verigüetos es ruta tal vez menos accidentada, no se engañen nuestros lectores pues no por ello reduce su riqueza verbal y vegetal. Obviaremos como en otras ocasiones -o al menos dejaremos para otro momento- aquellos vegetales que no son árboles, dada la temática de estas hojas. Así pues, comencemos una vez

más a "arborizar", iniciamos este análisis botánico con la única promesa de que trataremos de tratar este tratado tal y como se merece.

Es la alcahueta Celestina el personaje principal de esta trama. Esta arrufianada mujer destaca precisamente por su sabiduría vegetal que guarda, en especial en aquello referido a sus usos, a veces reales otrora fantásticos como iremos viendo. Según dice de la Celestina el autor en boca de uno de los lisonjeros sirvientes de Calisto: "Ella tenía seis oficios, conviene saber: labradora (o lo que es lo mismo costurera), perfumera, maestra de facer aceytes y facer virgos, alcahueta y un poquito hechicera". Para muchas de estas labores requiere la sabia Celestina la preparación de ungüentos, filtros y hechizos para lo que emplea abundantes condimentos vegetales; hasta 78 especies de plantas





se dan cita en estas líneas de las cuales 19 son árboles.

Comencemos nuestro repaso con aquellos árboles empleados para aromatizar.

Dos citas se refieren al azahar, es decir, la flor de *Citrus aurantium*. La primera tan sólo deja constancia de su empleo como perfume. Dice el leal Pármeno: “Sacaba aguas para oler, de rosas, de azahar, ...”, un uso corriente al que tradicionalmente se le ha dado a esta flor. En *Obra de Agricultura* su autor Gabriel Alonso de Herrera (1470- 1539) habla de la flor de los naranjos y sus aplicaciones en perfumería: “La flor de los naranjos es muy olorosa y cogese bien poniendo unas sábanas debaxo. Della se saca agua estilada, y es muy conformativa por su olor...”

Y de azahar seguimos hablando pues a ello se refiere Sosia, uno de los sirvientes de Calisto. Este miserable, preso de amor -aunque brevemente- de Areúsa la describe con suma belleza empleando este vocablo:

“Tenía unas manos como la nieve, que cuando las sacaba de rato en rato de un guante, parecía que se derramaba azahar por casa”. Hermoso término que se entiende mejor tras la consulta al *Diccionario de Autoridades* (1726) pues este nos recuerda que azahar proviene del hebreo y significa “flor resplandeciente”. Sin embargo, como decimos el enamoramiento será efímero, pues su

compañero Tristán pronto le desengaña en sus amoríos al advertirle que “es marcada ramera”, argumento que parece suficiente como para desenamorar a Sosia.

Un pariente cercano, el limonero (*Citrus limon*), es mencionado también en dos ocasiones. Ambas citas se localizan en la misma página; ambas las cita Pármeno, antiguo sirviente de Celestina; ambas nos recuerdan su antiguo uso como cosmético. La primera habla de “adelgazar cueros”, en alusión a hacer la piel más fina, más suave, indudable interés de cualquier mujer de aquella época que tenía su belleza como modo de vida. Poco después se menciona otro uso cercano, la fabricación de aceite de limón para su empleo en el rostro. Verdaderamente el tratamiento facial con limón ayuda a limpiar la tez sin dañarla. Su jugo tiende a aclarar sus propiedades. Y éste se usó a menudo para “aligerar” las pecas a quien parecían incomodar. La obra titulada *El libro de los secretos de agricultura, casa de campo y pastoral* fechada en el año 1722 nos menciona estas buenas propiedades del limón: “El zumo destilado por alambique, a más de que es excelentísimo para limpiar el rostro de las mujeres, quita las manchas blancas, y otros impedimentos de la vista.”

En nuestro repaso, continuamos con otro cítrico, la cidra o cidro (*Citrus medica*), aunque esta vez menos co-

nocido si bien fue probablemente el primer cítrico llegado a Europa, donde está documentado desde la época del Imperio Romano. Se localiza en obras como *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo, mencionando incluso sus propiedades medicinales. En la obra que nos ocupa es llamado *diacitrón* y dado como remedio del embobamiento amoroso en el que yace Calisto por su amada Melibea. Un profundo mal de amores “que ni come, ni bebe, ni ríe, ni llora, ni duerme, ni vela, ni habla, ni calla, ni pena, ni descansa, ...”, realmente grave su estado. Tan sólo tras la ingesta, por consejo de su picaresco sirviente Sempronio, de una “tajada de diacitrón” consigue salir del colapso amoroso en que se haya. El propio Calisto asegura inmediatamente después de la toma del cítrico que “su alma le ha tornado”. ¿Cuál ha sido la causa de tan inmediata cura? Tal vez exagera un poco Calisto con esta afirmación, si bien hemos de recordar que este fruto no es muy adecuado para el consumo a no ser que se tome confitado o en repostería debido precisamente a su gran acidez. Y esta, parece haber sido la causa de que sus criados de gran ruindad le dieran a comer el fruto del cidro. Tal amargor hizo que casi de inmediato el ingenuo Calisto se recuperará de su enamoramiento.

Una cita curiosa es la del incienso -del que creíamos se refería al árbol *Boswellia carterii*-. La curiosidad se debe no tanto a la planta sino al empleo que la vieja alcahueta hace de él para calmar el dolor de Areúsa (la de dudoso oficio), hecho que muy a nuestro pesar nos hizo sospechar de nuestra incorrecta identificación inicial. Bien es cierto, y aquí hemos de confesar, que en un principio desconfiamos de la añosa curandera, pues que se sepa el incienso carece de propiedades analgésicas. Pero algo tocados en nuestro orgullo admitimos al fin, no erra la vetusta maestra, si no nosotros como bien nos recuerda el *Diccionarioilus-*

trado de los nombres vernáculos de las plantas de España (1998). Esta obra nos descubre que otra planta es conocida en nuestro país con ese mismo nombre. Es *Artemisia absinthium*, pequeña mata de la familia de las compuestas, y tal vez más conocida como ajeno, lo que nos saca de nuestro riguroso ámbito arbóreo. Pero ya metidos en faena remataremos con permiso de los lectores lo referente a esta planta, por aquello de “desfacer entuertos”. Es el doctor Laguna en su obra *Pedacio Dioscorides Anazarbeo* (1566) el que finalmente nos saca de dudas, pues recomienda al respecto el ajeno para “calmar dolores de mestruo” y otras afecciones del vientre. Coincidencia plena pues con La Celestina, que propone calmar los dolores de matriz con incienso. Y lo justifica la vieja raposita diciendo: “Todo olor fuerte es bueno...”, y continúa “...recibido con mucha diligencia aprovecha y aflora el dolor”.

Continuaremos con otra planta muy valorada por su empleo para aromatizar desde tiempos antiguos, nos referimos a la mirra (*Commiphora abyssinica*). Planta habitualmente empleada, a través de su combustión para emanar agradables esencias. Sin embargo, Melibea alude a ella no por sus cualidades fragantes sino por la leyenda que rodea a este árbol. Melibea intenta así justificar sus devaneos y amorsos prematrimoniales con su amado Calisto, con otros de peor linaje recordando la leyenda que Ovidio recoge sobre el árbol de la mirra. Melibea se refiere a la siguiente historia:

Mirra, hija de Cinras, rey de Chipre, se enamoró perdidamente de su padre y, a pesar de sus esfuerzos, no pudo resistirse a su pasión. Así las cosas, y gracias a la intervención de su vieja ama, hubo de yacer en varias ocasiones

con su padre, sin éste saberlo, haciéndole creer en la oscuridad que era otra doncella.

Pero Cinras termina por descubrir el embuste. Mirra que se encontraba encinta, huye para evitar la cólera y venganza de su padre. Mirra recorre muchas tierras alejándose de la ira de Cinras y ha de soportar innumerables penalidades. Pero los dioses que la habían observado durante todo ese tiempo, se apiadan de ella y para evitar su sufrimiento la convierten en árbol. Y así al cabo de algún tiempo este árbol dará a luz a un hermoso niño, que se conocerá como Adonis. Dicen que durante el parto el árbol está bañado de ríos de lágrimas, lamentos que podían venir tal vez por el dolor del alumbramiento, pero hay quien afirma que el desconsuelo se debía al ver como su hijo se separaba para siempre de ella ahora convertida en el árbol de la mirra.

Un pequeño árbol o gran arbusto, también de agradable aroma, que recoge Fernando de Rojas es el laurel (*Laurus nobilis*). Según nos relatan, La Celestina lo guardaba colgado en el techo de su casa. Su uso no deja dudas, pues se cita como “aparejo para baños”, un empleo que desde aquí recomendamos como relajante. Muy indicado vía externa como antiséptico, en el tratamiento de artritis, reumatismos y contracturas musculares. Además, es útil saber que es un potente parasiticida, nunca se sabe.

Terminaremos este texto con el ciprés (*Cupressus sempervirens*), noble y notable conífera, en ocasiones tan valo-

rada y en otras vilipendiada. El autor tan sólo quiso citarlo en una ocasión, poniéndolo en boca de Melibea para simbolizar su pasión por la llegada de su amado. Ella verá en el inocente movimiento de los cipreses cierto capricho amoroso, al rozar uno con otro cual beso apasionado. Melibea comenta sus exaltados pensamientos con la mayor discreción: “Escucha los altos cipreses, como se dan la paz unos ramos con otros por intersección de un templadico viento que los menea”. Hemos de saber que la expresión “dar la paz” alude al beso que se da en un saludo.

Pero hay quien ha interpretado esta frase de modo muy distinto pues la aparición de los cipreses podría ser un simbolismo funesto. El autor, estaría advirtiendo del fatídico desenlace que acontecerá en poco tiempo a la desdichada pareja. Pues la relación del ciprés y la muerte es bien sabida. Celestino Barallat en su conocido libro *Botánica funeraria* (1885) en alusión a la forma y aspecto del

ciprés relata: “... *Merced a estas cualidades ha sido siempre el árbol típico de los sepulcros, y no hay pueblo en la historia entre los que han poseído el ciprés que no le haya reconocido este carácter esencialmente funerario*”.

Y para evitar mayor tedio remataremos aquí esta primera intromisión en la vida y conocimientos de La Celestina y toda su prole, con el compromiso de continuar nuestro relato en una próxima ocasión. Mientras tanto analicen los riesgos de la pasión amorosa, quíeranse sí, pero sean comedidos no vayan otros a aprovecharse de vuestra ceguera.

***Ella tenía seis oficios, conviene saber: labrandería, perfumera, maestra de hacer aceytes y facer virgos, alcabueta y un poquito hechicera***



CITAS RECOGIDAS EN "LA CELESTINA, COMEDIA O TRAGICOMEDIA DE CALIXTO Y MELIBEA" RELACIONADAS CON LOS ÁRBOLES Y SUS USOS.

Nº	Nombre científico	Nombre vulgar	Ref.	Cita	Empleo	Acto
10	<i>Boswellia carterii</i> Birdw	Inciense	1	<i>enciense</i>	Analgésico	VII
12	<i>Citrus aurantium</i> L.	Naranja amargo	2	<i>azabar</i>	Perfume	I
					Simbólico	XIX
13	<i>Citrus limon</i> (L.) Burm.	Limonero	2	<i>limón / es</i>	Cosmético	I
					Cosmético	I
14	<i>Citrus medica</i> L.	Cidra	2	<i>diacitrón</i>	Revitalizante	VIII
16	<i>Commiphora abyssinica</i> Engl.	Mirra	1	<i>mirra</i>	Simbólico	XVI
21	<i>Cupressus sempervirens</i> L.	Ciprés	1	<i>cipreses</i>	Simbólico	XIX
33	<i>Juglans regia</i> L.	Nogal	1	<i>nueces</i>	Simbólico	IX
35	<i>Laurus nobilis</i> L.	Laurel	1	<i>laurel blanco</i>	Baños	I
40	<i>Malus domestica</i> Borkh.	Manzano	2	<i>manzana</i>	Simbólico	VI
					Simbólico	VI
44	<i>Olea europaea</i> L.	Olivo	4	<i>afeyte</i>	Cosmético	I
				<i>azeyte</i>	Mágico	III
					Veneno	III
					Mágico	V
47	<i>Pinus pinaster</i> Aiton	Pino resinero	1	<i>trementina</i>	Afrodisiaco	X
48	<i>Pinus pinea</i> L.	Pino piñonero	1	<i>piñones</i>	Cosmético	I
50	<i>Pistacia vera</i> L.	Pistacho	1	<i>alfocigos</i>	Cosmético	I
51	<i>Populus nigra</i> L.	Álamo negro	1	<i>álamo</i>	Natural	XII
53	<i>Quercus ilex</i> L.	Encina	1	<i>carrasca</i>	Lejía	I
54	<i>Quercus robur</i> L.	Roble	1	<i>roble</i>	Simbólico	VIII
55	<i>Quercus suber</i> L.	Alcornoque	1	<i>chapín</i>	Calzado	XVIII
61	<i>Salix</i> sp.	Sauce	2	<i>mimbre</i>	Simbólico	IV
				<i>esportillas</i>	Fibras	VI
76	<i>Ziziphus jujuba</i> Mill.	Azufaifo	1	<i>añofeyfas</i>	Cosmético	I